



XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“El que no lleve su cruz y venga detrás de mí,
no puede ser discípulo mío”**

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Sabiduría 9,13-18; Filemón 9-10.12-17; Lucas 14,25-33.

Otra vez vuelve Lucas a insistir en estas palabras de Jesús. Lo había hecho anteriormente en 9,23. Parece que para el evangelista constituyen una advertencia muy importante de Jesús para los discípulos, o que por su dificultad éstos corrían el riesgo de olvidarla. En todo caso, lo más probable es que Jesús mismo la haya reiterado en varias ocasiones, y la repite ahora que están de camino hacia Jerusalén, lugar de la prueba definitiva. También para nosotros hoy será conveniente recordarla.

Si nos fijamos bien, el centro de la propuesta recae sobre el seguimiento de Jesús como el amor primero, ante el cual los otros amores, aun siendo humanamente valiosos, palidecen. Una limitación del idioma arameo para expresar la comparación relativa de más y menos amor, conduce a la expresión “odio” para señalar a aquel a quien se ama menos. Resultaría totalmente impropia de Jesús la invitación a odiar, ya no solamente a los seres tan queridos como los mencionados, sino a cualquier ser humano, incluso a los enemigos, como explícitamente lo afirmó en el sermón del llano: “A ustedes, los que me escuchan, yo les digo: Amen a sus enemigos, hagan bien a todos los que los odien” (6,27). La interpretación literal del “odio” –como ocurre también otras veces– oculta el sentido de lo que Jesús trata de subrayar.

La fe en Jesús, lo esencial del ser cristianos, consiste en una opción de vida que él formula en términos de una relación dinámica y práctica con su persona: “caminar con él”, “venir junto a mí”, “venir detrás de mí”, seguimiento. Implica una cercanía afectiva, reclamada en la preferencia sobre los otros amores, y efectiva, hacer camino detrás de él, tomándole como referente de sentido, de criterios y de opciones. Ahí es donde aparece la “cruz”, que expresa todo lo que se nos cruza, oponiéndose en el camino a la propuesta de Jesús. No es simplemente lo que nos cuesta, o nos causa dolor,

* Ciclo C.

como el sufrimiento de una enfermedad o causado por una desgracia. La “cruz” hace referencia a la que Jesús realmente soportó; simboliza y sintetiza la injusticia de quienes con poder se enfrentaron a la realización del proyecto de Jesús –hacer presente el Reino de Dios–. De la misma manera representa todo aquello que encontramos como obstáculo o dificultad para seguir con coherencia y alegría el llamado de Jesús. “Cargar con la cruz” expresa bien la actitud y la opción de “caminar con él”, echándonos a la espalda las contradicciones, trabajos, incomprensiones, persecución, sufrimiento, que el seguimiento de Jesús hoy puede acarrear. No es masoquismo, es libertad y coherencia, es confianza absoluta en aquél que nos llamó, como lo expresa bien el autor de la Segunda carta a Timoteo: “porque yo sé bien en quien tengo puesta mi fe” (2Tim.1,12).

El tema del discipulado atraviesa todo el evangelio, los cuatro evangelios. Jesús no quiere discípulos engañados por una decisión tomada a la ligera. Si el discipulado consiste en seguirlo y participar en su misión y destino, reiteradamente habla Jesús a los discípulos de persecución y de cruz como condición ineludible para llegar a la resurrección y a la vida eterna. En ese contexto invita al discernimiento para tomar la decisión de seguirle. Como el que pretende emprender el proyecto laborioso de “construir una torre” o de “hacer frente con diez mil hombres a otro que viene con veinte mil”, se sienta primero a deliberar para no fracasar y quedar en ridículo. La conclusión queda expuesta con toda claridad y radicalidad: “cualquiera de ustedes que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío”. Pienso que Jesús no se refiere solamente a los bienes económicos, sino a todo aquello (afectos, proyectos, signos de poder y de éxito personal...), en lo que uno se afana por encima del proyecto divino de fraternidad, justicia y amor para todos. Expresado en otro lenguaje, lo que se reclama del discípulo consiste en no afanarse por las “añadidas”, relegando a un segundo lugar lo que en realidad debe ser “primero: el Reino de Dios” (Lc.12,31).

La primera lectura está tomada del libro de la Sabiduría, último libro en ser escrito de nuestro Primer Testamento. Surge en la comunidad judía de la diáspora, probablemente en Alejandría, al norte de Egipto, En su texto se percibe la influencia del pensamiento dualista griego dominante, como por ejemplo cuando leemos: “pues el cuerpo mortal oprime el alma y la tienda terrenal abrumba la mente reflexiva” (9,15). El texto insiste más bien en la incapacidad del ser humano para descubrir y realizar la voluntad del proyecto de Dios. Su sabiduría, su Palabra, germinalmente presente ya en los patriarcas y los profetas y los sabios del Primer Testamento, permitía vislumbrarlo. Encarnada históricamente en Jesús, se nos ha revelado plenamente, y por el Espíritu que Jesús ha enviado, “nos irá llevando hasta la verdad completa” (Jn.16,13). La sabiduría es don de Dios para conocer su voluntad, las palabras de Jesús sobre la presencia de la cruz en el camino del seguimiento dejan entrever esa sabiduría incomprensible de Dios, pero que es auténtica “verdad y vida” para Jesús y los llamados a seguirle.

La segunda lectura está tomada del más breve escrito de la Biblia. Sólo contiene un capítulo. Es una carta privada de Pablo a un amigo personal, Filemón, intercediendo por la suerte de un esclavo, Onésimo, convertido a la fe, al que ha conocido en la prisión.

El texto de la breve carta no apunta a establecer grandes principios teológicos y morales, pero sí los supone: lo que se alaba en Filemón, y por lo que se da gracias a Dios, consiste “en la noticia de tu caridad y de tu fe”. Quien escribe, Pablo, lo hace consciente de su debilidad: “ya anciano y ahora preso de Cristo Jesús”. Onésimo, el esclavo, es presentado como “mi hijo, a quien engendré entre cadenas”. Y ahora Pablo se lo devuelve, llamándole con gran ternura “mi propio corazón”. No fundamenta su pedido en su autoridad de apóstol, sino “prefiero más bien rogarte en nombre de la caridad”. Finalmente recuerda a Filemón: “lo recuperas para siempre, y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como hermano querido”. Colocadas las cosas en ese nivel: ver al otro, al esclavo, como hermano le permite a Pablo confiar en Filemón y “estar seguro de que harás más de lo que te pido”. Carta breve, pero de gran hondura espiritual y social. Una mirada de fe convierte al otro, cualquiera que sea su condición social, en “hermano querido”, lo que cambia radicalmente hábitos de supremacía y opresión, reclama comportamientos y políticas basadas en la fraternidad que desborda las exigencias mismas de la justicia, introduce en la trama social un germen de novedad y de transformación liberadora. Para Pablo “la fe actúa por la caridad” (Gal. 5,6), no puede encerrarse en una interioridad desencarnada, sino más bien ha de proyectarse en la sociedad como crítica responsable desde una opción solidaria por los pobres y como propuesta no menos responsable para el buen vivir fraterno e inclusivo.